

EL PAPA INFALIBLE, ¿SI O NO?

ACABA de saltar a los escaparates de las librerías el discutido libro del historiador católico profesor Hasler, que pone en tela de juicio la infalibilidad pontificia. Su título es expresivo: "Cómo llegó el Papa a ser infalible: fuerza y debilidad de un dogma". Y su edición, por la polémica editorial Planeta, ha sido un desafío a la pasividad religiosa que existe en nuestro país.

Este libro es continuación y divulgación de su obra sobre el Papa Pío IX, que salió a la luz pública en 1977.

Algunos —con manifiesta ignorancia— han saludado esta obra como la primera postura documentada y valiente, dentro de la Iglesia católica, que pone en cuestión este privilegio de los Papas. Sin embargo, estos libros de Hasler no son sino prolongación del que escribió Küng —el controvertido teólogo católico, suizo también como Hasler— en 1970, y que los obispos españoles consiguieron que no se vendiera en España su traducción castellana, que fue sólo difundida en América Latina.

Sus antecedentes suelen ser desconocidos aquí en España, e incluso a casi ninguno lo cita el propio Hasler, cosa extraña en un autor que se considera el máximo especialista en el tema.

El suizo Abbé Zundel fue el primero que divulgó por los años 50, y en un ambiente muy autoritario de la Iglesia, que los obispos de Roma no fueron conscientes de este privilegio durante muchos siglos. En su bello libro "La Pierre Vivante" así lo expone.

El famoso pensador católico conde de Montalembert habla difundido otro dato ilustrativo en el siglo pasado: el Papa San Gregorio Magno rehusó el título de "Vicario de Cristo" y de "Papa Universal". Y mucho más tarde, en pleno siglo XVI, la mayoría inmensa de los teólogos pensaban que el Primado romano, aunque muy conveniente, era de institución humana y no divina. El propio Santo Tomás Moro, el gran defensor del Papado, durante muchos años así lo pensó también.

Pero fue en 1957 cuando el profesor norteamericano G. McGregor publicó su obra histórica "The Vatican Revolution", en la cual se cues-

tiona la validez legal del Concilio Vaticano I, de acuerdo con las normas usuales para los Concilios. Incluso añade que carecieron los obispos de libertad para poder decidir, por causa de las imposiciones coactivas del intransigente autócrata que fue Pío IX, convertido de liberal en dictador ante su fracaso como gobernante temporal de las posesiones del Vaticano en el siglo XIX.

Más tarde, el ex jesuita y mejor biblista americano padre J. L. McKenzie mantuvo —bastante antes que Küng— la tesis de que la infalibilidad no quería decir otra cosa que "la seguridad de que la Iglesia no perdería nunca la fuerza del Evangelio en su predicación"; pero no se refería a concretas frases que pudieran estar mágicamente inmunes de error.

Del mismo modo la célebre teóloga católica americana Mary Rose Ruether mantenía igual postura terminado el Concilio Vaticano II, antes que Küng y que Hasler.

Lo más sorprendente es que un obispo anglosajón misionero, monseñor Francis Simons, publicase en 1968 un libro, que tuvo mucha resonancia intelectual en Norteamérica y que más tarde fue traducido al español sin tener apenas eco en nuestro país. En él criticaba la infalibilidad del Papa, como algo imposible de mantener a la vista de los hechos históricos de la propia Iglesia.

No: el libro de Hasler no es, por tanto, una verdadera novedad. Es más bien un acervo que recoge y desarrolla lo que otros católicos investigaron y se atrevieron a publicar en momentos mucho más difíciles para ellos que el actual.

Otro dato, también aportado por otros investigadores antes que Hasler, fue el famoso hecho ocurrido en el siglo XIII, en pleno desarrollo teológico medieval. Un pensador franciscano, el padre Pedro Olivi, mantuvo la tesis completamente nueva entonces de que el Papa era la norma infalible en fe y costumbres para todos los católicos. El Papa Juan XXIII, sin embargo, pocos años después condenó tal doctrina en su Bula "Qui quorundam". Esta decisión a muchos les parecerá una especie de jeroglífico lógico: si el Papa es infalible, ¿cómo es que condena infa-

liblemente la infalibilidad mediante una bula?

El libro de Hasler es una obra documentada, sencilla de leer, que debe hacer reflexionar a los católicos. Pero sin duda debería haberse cuidado en ella el contestar más pormenorizadamente a los pensadores católicos que adoptan una actitud contraria: como Rahner, Ratzinger y otros muchos más. Y se debería hacer menos hincapié apologético en ciertas anécdotas, como si el cardenal Guidi fue hijo o no lo fue del Papa Pío IX. ¿Qué importa esta cuestión al fondo doctrinal del asunto?

En el cuidadoso prólogo de Hans Küng al libro de Hasler se hace una interesante petición que eleva el tono de esta polémica tan actual. Pide que se realice una investigación a fondo del asunto con imparcialidad objetiva y que para ello se nombrase una "Comisión Ecueménica", formada por especialistas en las más diversas disciplinas que intervienen en la cuestión. Y, sobre todo, en mi opinión, se debería hacer un análisis a fondo de la actual filosofía del lenguaje, para que pudiéramos no sólo debatir los hechos históricos, sino las bases lingüísticas de si es posible la afirmación apodíctica infalible por medio de una sencilla proposición lineal. Y si no es así, tendríamos más bien que acudir al método dialéctico para poder expresar verdades comprensibles y no dudosas de carácter religioso, como pensaba Merleau Ponty.

Creo que no podemos los católicos esconder la cabeza debajo del ala ante estos problemas que hoy se debaten, ni tampoco es lícito utilizar los simplistas argumentos de los antiguos manuales de apologética. Del mismo modo que tampoco debemos desechar de un plumazo superficial la importancia y gravedad de las cuestiones debatidas, como si todo lo que decíamos hasta hace poco los creyentes no tuviera ninguna importancia hoy o no quisiera decir ya nada. Mi tesis es que la infalibilidad quiere decir algo, pero no lo que autocráticamente quiso imponer Pío IX, porque esto es demasiado ingenuo. Küng y McKenzie dieron una explicación, y otros podrían encontrar diferentes explicaciones que fueran todavía más convincentes. ■